

Pasaje difícil de Salmos

Suspiros de venganza.

«Oh, Dios, quiebra sus dientes en sus bocas.»
(Sal. 58:6.)

P. Se ha dado en llamar imprecatorios a ciertos Salmos de la Biblia. En estos Salmos hay expresiones, como la citada, que los enemigos de la Escritura emplean, según creen, para gran provecho suyo. También los creyentes educados que siguen las doctrinas gloriosas del Nuevo Testamento se han extrañado de estas expresiones, al parecer, de venganza, y desprovistas de caridad.

R. Los tres textos siguientes constituyen el tropiezo principal. No ha faltado quien haciendo hincapié en estos textos, ha querido probar que la Biblia no es la Palabra de Dios. Helos aquí: «Oh, Dios, quiebra sus dientes en sus bocas... Anden sus hijos vagabundos y mendiguen y procuren su pan lejos de sus desolados hogares... Bienaventurado el que tomará y estrellará tus niños contra las piedras.» (Sal. 58:6; 109:10; 137:9.)

El querer probar que la Biblia no es la Palabra de Dios por haber tales expresiones en ella, acusa un singular modo de pensar. Acordémonos de que la Biblia es la Palabra de Dios, no en el sentido de que Dios haya dicho cada palabra y sea responsable por cada palabra que haya en ella, sino en el sentido de que Dios, además de comunicarnos por palabras inspiradas su voluntad cabal en ella, hace constar también por sus siervos inspirados las palabras, hechos y deseos de personas buenas, de ángeles buenos como también de personas malas, de demonios y del mismo diablo. Así, por ejemplo, en los Salmos tenemos tanto lo que Dios dijo a los hombres, como lo que los hombres dijeron a Dios. Lo que dijo Dios a los hombres fue siempre la pura verdad; lo que dijeron los hombres a Dios pudo ser la verdad o pudo ser meramente expresión de sentimientos humanos sin sanción divina. Los versículos citados contienen palabras y sentimientos de los hombres, oraciones que exhalaban ante Dios en momentos de angustia, pidiendo venganza sobre sus enemigos. Esto se ha hecho constar por inspiración de Dios; y bajo este punto de vista estos Salmos son la Palabra de Dios como lo demás que encierra la Biblia.

Pero fijémonos ahora por un momento en tales imprecaciones. ¿Son tan inhumanas como se pretende? Colóquese el lector en el lugar del escrito y recuerde todo el horror de que era víctima, y pregúntese: ¿Qué diría yo en semejante angustia? Es indudable que tú mismo hablarías menos cristianamente y obraras más bárbaramente que David lo hizo. No nos olvidemos que en este caso David hizo lo que nos aconseja el Nuevo Testamento que hagamos, remitiendo la venganza a quien pertenece, en lugar de tomarla por su propia mano, como hoy sucede con tanta frecuencia en este siglo de luces. Si el inicuo hinca los dientes en el justo, en la viuda, en el huérfano y todo lo despedaza como león rugiente, ¿qué mal hay en pedir a Dios que quiebre los dientes de la fiera humana, que ningún hombre puede domar? ¡Cuánto más valdría ser tan cristianos que obráramos así, pidiendo a Dios nos vengará como a individuos, familia o nación, que armarnos hasta los dientes e ir a la guerra para aplicar al enemigo los instrumentos infernales de actualidad! No pretendemos defender a David, pero ciertamente vale la pena de que recordemos aquí cómo trató a su más enconado enemigo Saúl, que cuando «estaba éste en su poder», lejos de matarle, no permitió a otro siquiera hacerlo, arrepintiéndose por haber tan sólo cortado un pedazo de su manto. (Léase Sam. 26:5-9; 24:5.) Y si bien suspiraba a Dios en su poesía, que «anduvieran vagabundos, mendigando pan los hijos del enemigo», cuando estaba sentado en el trono, pudiendo vengarse, pregunta por si

queda descendiente del enemigo implacable para hacerle misericordia, y hallando al pobre Mefiboset, le acepta a su mesa y le favorece como a hijo propio. (2 Sam. 9:1, 2, 11.) Dudamos que hicieran otro tanto los que culpan de incultos y de bárbaros los suspiros de angustia del Salmista.

Respecto a estrellar a los hijos de los babilonios contra las piedras, conviene recordar que se trata aquí de una profecía respecto a esa antigua metrópoli de abominaciones; profecía que se había de cumplir; castigo horrible que se había de administrar en justicia, como siega espantosa producida por la semilla sembrada. Como Babilonia había tratado a Israel, así otros la tratarían a ella.

Fue esto una profecía que se cumplió al pie de la letra en Babilonia, aun respecto al punto de sentirse feliz o bienaventurado, sin duda, el enemigo carnal que victorioso estrellase contra las piedras los niños de los soberbios babilonios.

Así es que estudiando estos Salmos a la luz de las demás Escrituras, nada en ellos ofrece dificultad positiva, ni nada que nos impida afirmar que la Biblia entera es la Palabra de Dios, si bien en ella, a menudo, ocurren palabras de los hombres no sancionadas por Dios. Es Palabra de Dios, que el hombre dijo tales o cuales palabras, si bien las palabras que dijo el hombre no fueron Palabra de Dios.